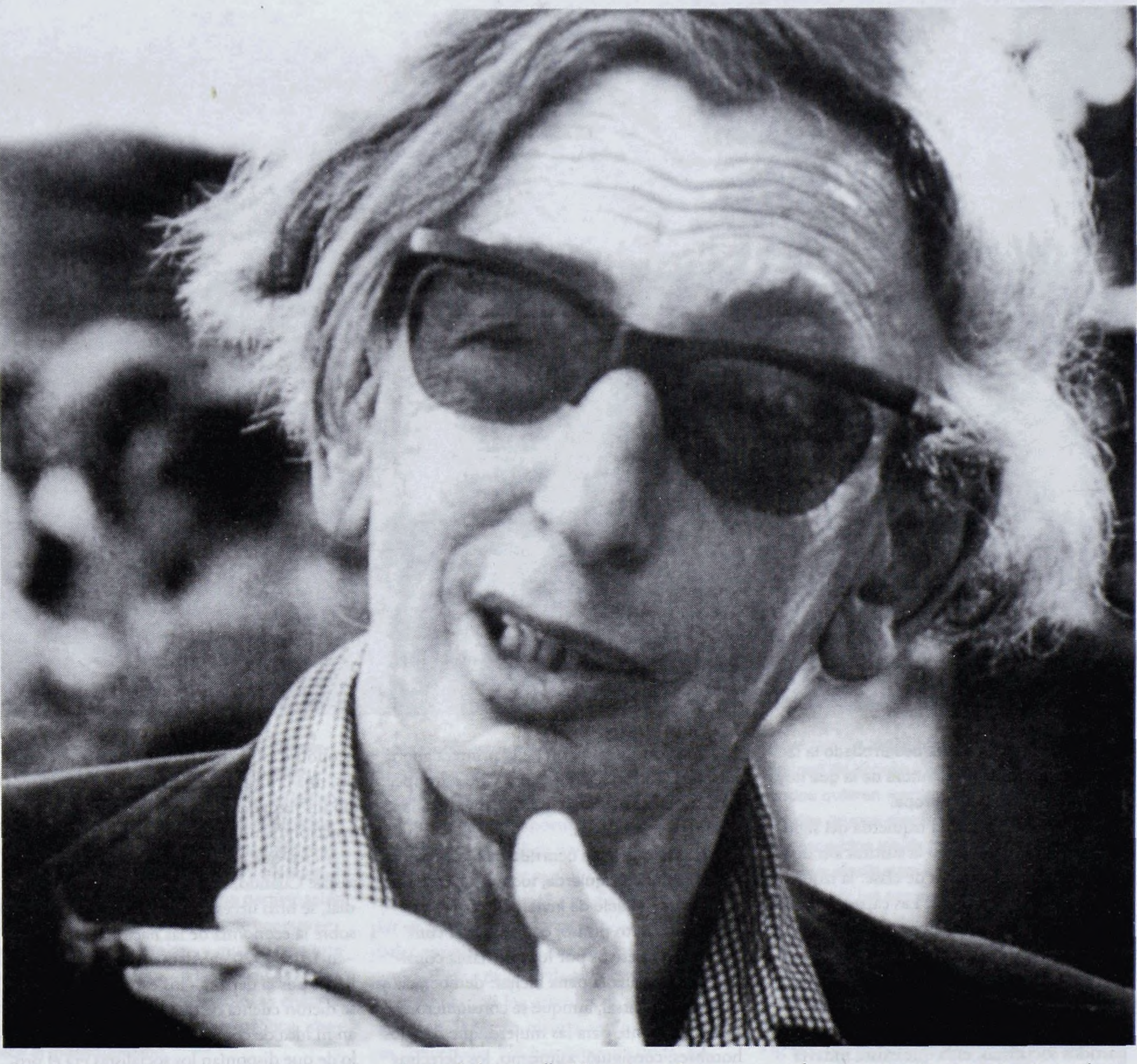
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO III Nº 132
14 • 5 • 2000

RADAR libros

Al fondo, a la izquierda

En *Entrevista sobre el siglo XXI*, (Cátedra), Eric Hobsbawm responde, con la misma lucidez que caracteriza su obra historiográfica, una serie de preguntas de Antonio Polito sobre el siglo XXI. A continuación, como anticipo exclusivo para *Radarlibros*, algunos tramos del capítulo 4, donde Hobsbawm reflexiona sobre el lugar actual de la izquierda.



EL JOVEN HOBSBAWM EN LA DECADA DEL SESENTA

POR ERIC HOBSBAWM

Ante todo, ¿sabría usted definir la izquierda del siglo XXI? ¿Aún existe; ha resurgido? ¿Cuáles deberían ser sus ideales?

—La izquierda existe porque todavía hay una diferencia entre la izquierda y la derecha. Los que niegan la existencia de esta división son, en general, gente de derecha. Ciertamente esta distinción ha cambiado en el transcurso de los siglos, pero lo que debemos preguntarnos hoy es si es inevitable una división entre izquierda y derecha y por tanto si esta distinción está destinada a continuar, con independencia del contenido que asuma de vez en cuando.

Es obviamente posible imaginar una política que no esté organizada en torno a estos dos polos, si bien está claro que en las democracias electivas está inscrita la existencia de alguna forma de distinción entre gobierno y oposición; es, por lo tanto, muy difícil eliminarla, por mucho que las diferencias programáticas puedan reducirse. Creo, por eso, que continuaremos teniendo una división política, y casi con toda certeza esa división continuará expresándose, en términos sociales o ideológicos, como una discriminación entre izquierda y derecha.

Es evidente, sin embargo, que el significado de la izquierda ha cambiado, sobre todo en los últimos decenios. Pero lo que hasta ahora no ha cambiado, por lo menos en los países desarrollados, es el mínimo común denominador ideológico que inspira las distintas manifestaciones de la izquierda. La base de este denominador común es, con distintos niveles, la referencia a una revolución: la inglesa, que se encuentra en las raíces de la norteamericana; la francesa; la rusa. La mayoría de la gente que se siente de izquierda de algún modo mira todavía hacia determinados aspectos de esa tradición y a las ideologías asociadas con ella. No es necesariamente así en amplias zonas del Tercer Mundo, pero en Occidente este referente de unión es todavía válido. La derecha no comparte, en términos generales, la tradición revolucionaria, aunque la más moderna ya ha asumido una parte: el concepto de gobierno constitucional.

Por otro lado, es cierto que, especialmente durante la guerra fría, se llevó a cabo un intento de dividir una parte de esa tradición: la veta del liberalismo moderno, de la veta revolucionaria. Sobre todo con el argumento de que la deriva revolucionaria había conducido al comunismo y, por lo tanto, era incompatible con las libertades modernas. Francia es un ejemplo típico de este intento de romper la continuidad de la tradición de la izquierda, el sentimiento mismo de unión familiar que mantenía unida a la *gauche*. No obstante, no me parece que la intentona haya sido muy afortunada, sobre todo a partir de la desaparición de la Unión Soviética.

Este sentimiento garantiza, así, a la izquierda política un cierto nivel de consistencia ideológica permanente.

Esta unidad *de intención* se vio gradualmente erosionada por los cambios en la estructura de clase de las sociedades. La vieja clase dirigente aristocrática fue sustituida, o complementada, por la nueva clase dirigente burguesa que no se oponía a cierto grado de cambios radicales. Pero durante el siglo XX, y de forma cada vez más clara en su segunda mitad, cambian los caracteres del conservadurismo, que deja de ser simplemente el partido del orden o de la permanencia y asume aspectos nuevos.

Conviven con ellos los restos del conservadurismo reacios a cualquier innovación y, por supuesto, mucho más a las que procedían de la Revolución Francesa: la Iglesia Católica romana es el mejor ejemplo, aunque cada vez nos topemos menos con reaccionarios de la ralea de los del siglo XIX, gentes que hubiesen querido dar marcha atrás al reloj de la historia. Ni siquiera el papa Wojtyla –me parece– cree hoy que se pueda regresar al pasado. A partir especialmente de los años setenta de este siglo, aparecen elementos muy novedosos en el conservadurismo que se manifiesta favorable a cambios sociales radicales. El neoliberalismo, en economía y en política, es un fenómeno de fines de este siglo. Caracteriza a personalidades genuinamente de derecha, se miren como se miren, como Thatcher o Reagan, y que al mismo tiempo propugnan innovaciones radicales, combinándolas con convicciones más tradicionales de la derecha: patriotismo, elitismo, etc.

Pero los últimos veinte, treinta años, son extraordinariamente importantes, tal vez los más importantes, para las fortunas de la izquierda. Aparece una nueva veta, de hecho conservadora, porque desea mantener el *statu quo* cuando no dar directamente marcha atrás al reloj. Tome el caso de los Verdes: en su conjunto se les debe considerar políticamente como un movimiento de la izquierda. Y, sin embargo, no hay duda de que esta corriente trata de detener los cambios económicos y tecnológicos o, por lo menos, controlarlos. Es decir, es un movimiento que trata de imponer una pausa al progreso. Nos encontramos, así, en la izquierda con una curiosa combinación, evidente en Alemania, de progresismo tradicional y de fuerzas que creen en nuevas prioridades, de hecho no "progresistas" en el sentido literal del término. Así pues, la diferencia tradicional entre la derecha y la izquierda, un partido del orden y de la permanencia, otra partido del cambio y del progreso, ya no se puede utilizar conceptualmente.

Pero veamos cómo se ha desarrollado la izquierda socialista, progenitora de la que hoy gobierna en casi toda Europa.

–La segunda fase de la izquierda del siglo XIX se puede traducir en la sustitución de la categoría de masas por la de clase: la izquierda escogió la lucha de clases. Las capas pobres de la población, los trabajadores manuales, se organizaron en movimientos, en ocasiones aliados a la izquierda tradicional, pero cada vez más por su cuenta. Esta izquierda, que se formó en torno al movimiento obrero y a los partidos socialistas, es la que existe todavía hoy en muchos países europeos del siglo XX. Puede decirse que los objetivos de estos movimientos eran triples:

1. Aceptaban y hacían suyos los resultados conseguidos por la vieja izquierda liberal (gobiernos constitucionales, derechos civiles, derechos de ciudadanía).

2. Luchaban en el terreno político por la democracia, por la participación y el control de la política de las grandes masas populares. Se olvida con demasiada frecuencia que la democracia política es un objetivo que se consigue relativamente tarde en muchos países, y en cualquier caso nunca antes de finales del siglo XIX, como también se olvida que el nuevo movimiento obrero fue, con frecuencia, la mayor fuerza del proceso de democratización. La única plataforma sobre la que los partidos socialdemócratas organizaron una huelga general fue el derecho al voto. En Estados Unidos la situación era un poco distinta, porque la democracia había llegado antes y la izquierda no desarrolló nunca un movimiento independiente de la clase obrera al modo europeo.

3. Luchaban por el derecho de todos a ganar lo suficiente para vivir, por la prosperidad económica y los derechos sociales.

La petición combinada de derechos civiles y sociales caracterizó esta fase específica de la izquierda, que sostuvieron fundamentalmente los movimientos de la clase obrera. Este paso no rompió necesariamente la unidad de la izquierda. En algunos países, tal unidad, que iba desde el centro moderado y liberal del campo político hasta la extrema izquierda siguió siendo un *continuum*.

En los Estados Unidos esa nueva tendencia de la izquierda continúa existiendo en el seno del partido demócrata y en Gran Bretaña mantuvo una alianza con el partido liberal por lo menos hasta el fin de la primera guerra mundial. La Revolución Rusa vino a romper esta unidad tradicional, porque dividió a la izquierda en dos ramas.

¿Qué es lo que le ha ocurrido desde entonces a esta segunda izquierda, todavía unida hasta la toma del Palacio de Invierno?

–Hasta cierto punto, esa izquierda consiguió los objetivos por los que había considerado que valía la pena luchar: democracia y sufragio universal, aunque se consiguieron más lentamente para las mujeres que para los hombres; consiguió, asimismo, los derechos de protección social, incluso con rapidez y en magnitudes sorprendentes. Recuerde que las reivindicaciones fundamentales que los movimientos obreros de 1890 hacían el Primero de Mayo eran la jornada laboral de ocho horas y la democracia. La jornada de ocho horas se consiguió en la mayor parte de Europa después de la Primera Guerra Mundial. Y, sobre todo, después de la Segunda, las condiciones materiales de la clase obrera habían mejorado tanto que ya no guardaban relación con el pasado. En 1890 las estrofas de la *Internacional* tenían todavía un sentido literal, mientras que a partir de 1960 ya no era posible entonar ese himno creyendo verdaderamente en lo que se cantaba. Y esto supone cierta diferencia. Quiero decir que el éxito mismo de la izquierda terminó debilitando gravemente su programa.

En el seno de esta segunda fase histórica de la izquierda anidaba, naturalmente, el proyecto socialista, fundamental para los movimientos de la clase obrera y del pueblo que se le sumaba. Este proyecto pensaba en un cambio radical, en el fin del capitalismo y en su sustitución por algo que había de ser totalmente distinto.

Hoy quizá se pueda decir, echando la vista atrás, que era un proyecto utópico o, en todo caso, no mucho más que un eslogan de agitación, porque hasta la Revolución Rusa ni siquiera la izquierda socialista había pensado nunca qué iba a hacer en el caso de conseguir la victoria. No había ni un debate formal sobre lo que había de ser una economía socializada. En términos generales se pensaba que esa economía podía ser dirigida desde el Estado pero sobre la base de un modelo proporcionado por el capitalismo de aquella época, en el que determinadas organizaciones públicas dirigían una gran variedad de actividades económicas. La teoría socialista era, en síntesis, una crítica de la realidad capitalista, pero no un verdadero proyecto volcado a la construcción de un tipo de sociedad diferente.

Y creo que esto vale también para los marxistas. Cuando, tras la Primera Guerra Mundial, se hizo necesario debatir por primera ver sobre la economía de las nacionalizaciones –en 1919-1920 en Alemania y Austria, humilladas por la derrota– los expertos burgueses se dieron cuenta de que los socialistas no tenían ni idea de cómo proceder. El único modelo de que disponían los socialistas era el propio de la economía de guerra, que desde luego imitaron los bolcheviques.

Así pues, durante la guerra y después de ella, el movimiento socialista se escindió en un ala socialdemócrata, que se convirtió en un partido defensor de reformas realizadas por el Estado, y en un ala revolucionaria, comunista. Los moderados mantuvieron los viejos objetivos de la izquierda y consiguieron un buena parte de ellos, especialmente en Escandinavia. Y después, en el período comprendido entre 1945 y mediados de los años setenta, consiguieron todo aquello que nunca creyeron que iban a poder obtener con la creación y el triunfo del estado del bienestar.

Estos movimientos no se dedicaron de forma especial, tal vez ni siquiera se dedicaron en absoluto, a luchar para cambiar las estructuras de la sociedad de un modo permanente, a pesar de que muchos socialdemócratas, como los líderes del laborismo inglés en 1945, esperaban que algún día surgiera una sociedad distinta y socialista. Aceptaron, eso sí, cierto grado de intervención pública en la economía, tanto desde el punto de vista de la propiedad como de la gestión de los medios de producción, pero éste no era, en sí mismo, un proyecto socialista. No olvidemos que Keynes fue, y lo siguió siendo durante toda su vida, un liberal, y que concibió la intervención pública como una política empírica y pragmática. Escurioso que haya sido precisamente Lenin quien reconociera que nacionalizar una industria no es en sí un proyecto revolucionario. Muchos países nacionalizaron los ferrocarriles o las compañías de electricidad, pero no eran socialistas ni aspiraban a serlo.

El ala socialdemócrata de la izquierda política mantuvo pues su contacto con la idea de una sociedad postcapitalista a través de la convicción genérica de que propiedad y gestión pública podrían convertirse, con el tiempo, en algo mejor y nuevo.

Los únicos que verdaderamente afirmaron que querían construir una sociedad socialista fueron los bolcheviques. Y aquí hay que decir que el fracaso clamoroso de su proyecto estaba cantado, sobre todo a partir de los años sesenta y ciertamente de los setenta. Del mismo modo que se vio claramente que el sistema era incapaz de reformarse, de renacer de las ruinas de su propio fracaso.

Este fracaso debilitó el ala socialdemócrata de la izquierda del mismo modo que los cambios sobrevenidos en la economía mundial durante los años setenta, desde el fin de la edad de oro socialdemócrata, debilitaron el ala revolucionaria. El golpe de gracia lo asestó la difusión de doctrinas económicas que comenzaron a criticar la endeblez de la economía cooperativa de los años 1950-1960, basándose, incluso, en que ya no era un modelo de éxito. El crecimiento de la economía global asestó golpes aún más contundentes a las bases mismas sobre las que descansaba el proyecto de la izquierda socialdemócrata, es decir, su capacidad de defender, en el interior de los confines nacionales, su bloque social por medio de la redistribución de los ingresos, la gestión de los impuestos y una política macroeconómica favorable al empleo.

La combinación de estas dos debilidades determinó la crisis intelectual de la izquierda en la que aún nos hallamos sumidos. Porque no se trata solamente de la crisis de la izquierda revolucionaria, sino también de la crisis de la izquierda socialdemócrata.

¿Crisis intelectual? Así pues, ¿es éste el problema de la izquierda? ¿Una crisis de conciencia?

–Sí, creo que este aspecto es mucho más importante que los cambios experimentados en la naturaleza de la producción, más importante que el declive de la industrialización, que el desarrollo de la industria de tecnología de punta, etc. Porque la clase obrera, base de esta izquierda, no empezó a declinar realmente por lo menos hasta los años setenta. Tal vez en los Estados Unidos la disminución real del número de obreros empezó antes, en los años sesenta, pero en otras partes del mundo occidental el período comprendido entre 1945 y mediados de los años setenta se caracterizó por un crecimiento económico tan fuerte que, a despecho de las innovaciones tecnológicas,

"Existe algo todavía más profundo que ha debilitado gravemente a la izquierda. ¿Cómo lo definiría? Económicamente, la sociedad de consumo. Intelectualmente, la identificación de la libertad con la opción individual, sin miramientos por sus consecuencias sociales".



el número de trabajadores y su porcentaje sobre la población total creció o se mantuvo estable. En Gran Bretaña, y quizás en Bélgica, los obreros eran, incluso, la mayoría de la población. Por lo tanto, en los primeros años setenta no existía ninguna razón estructural por la que la izquierda no hubiera de mantenerse tan fuerte como antes en cuanto a base social se refiere.

Y sin embargo, esta izquierda sufrió una grave crisis. Yo lo atribuyo al hecho de que sus objetivos ya habían sido alcanzados, que las condiciones de los trabajadores habían mejorado decididamente; y que, en consecuencia, la izquierda no tenía ya un programa adecuado. Ni siquiera el de construir una sociedad distinta, porque ya no existían modelos de una sociedad semejante. Ni el de reformar las sociedades existentes, visto que el ala socialdemócrata tan sólo podía proponer la conservación de todo lo que ya se había conseguido. Y así terminó también la segunda izquierda.

¿Hay una tercera izquierda?

–Hay una nueva izquierda a partir de los años sesenta. El problema es que no cuenta ya con el respaldo del sólido bloque social que fue el pilar de la izquierda social y obrera. Ni tampoco sus fuertes bases electorales. Ni siquiera tiene ya un proyecto único. Existe un buen número de movimientos que se consideran vinculados a la izquierda pero que tienden a ser *single-issue*, es decir, que se concentran en una única cuestión. El movimiento de las mujeres es el más importante, porque en *teoría* dispone de una base amplísima. Pero su programa es muy limitado, incluso desde el punto de vista de las mujeres mismas. Los ecologistas son otro ejemplo. Estos movimientos pertenecen a lo que hemos llamado el *continuum* de la izquierda, porque por ejemplo los Verdes, incluso allí donde no han desarrollado auténticos partidos políticos propios, si algún vínculo tienen es con la izquierda, con los demócratas en los Estados Unidos y con los laboristas en Inglaterra. Y allí donde, por el contrario, se han desarrollado como fuerzas políticas, es mucho más probable que sean aliados de los socialdemócratas que de la derecha. Pero esta tercera izquierda no es políticamente muy importante y se ha hecho notar más que nada por la crisis de la izquierda política tradicional.

***Existe otro aspecto del declive de la izquierda:* el descrédito de la política como instrumento fiable para la transformación de las sociedades. Allí donde miremos, sea en Norteamérica o en Europa, vemos masas cada vez más apáticas por lo que respecta a su actitud ante la política –entendida como participación activa, pero también como simple concurrencia a las urnas electorales– y mucho más interesadas en su billetera, en las vacaciones, en su jardín. La izquierda, en cambio, se encarna en la experiencia colectiva de la política, aborrece el individualismo.**

–Existe algo todavía más profundo que ha debilitado gravemente a la izquierda. ¿Cómo lo definiría? Económicamente, la sociedad de consumo. Intelectualmente, es la identificación de la libertad con la opción individual, sin miramientos por sus consecuencias sociales. Desde este punto de vista, se ha producido una ruptura en el universo tradicional común de la izquierda. Hubo un tiempo en que se creía que combatir por la libertad individual no era incompatible con la lucha por la emancipación colectiva. A fines del siglo XX está muy claro que esas dos exigencias han entrado en conflicto. La privatización condiciona ahora incluso el sentido común de la gente, y esto golpea duramente a la izquierda, que lucha por objetivos colectivos, que persigue la justicia social.

Es un problema grave y generalizado; porque lo que permitía a la izquierda actuar de forma colectiva es lo mismo que hacía posible una política democrática *tout court*. La política democrática existe porque aún es posible organizar a la gente y hacer que actúe colectivamente, y existirá mientras se consiga hacerlo. Y, sin embargo, cada vez es más difícil para cualquier movimiento político movilizar a la gente, no sólo para los partidos socialistas.

Pero asistimos también a una corrupción específica de los valores de la izquierda, un fenómeno generado por los egoísmos privados. Recientemente, en Inglaterra, hemos tenido algún ejemplo de eso, con la desintegración gradual del movimiento cooperativo. Fíjese en lo que está sucediendo en ese país con las *building societies*; eran sociedades cooperativas de ahorro, nacidas cuando los trabajadores pobres no podían ahorrar bastante como individuos y tuvieron que organizarse colectivamente. Los beneficios fueron enormes, tanto que estas estructuras han adquirido una gran importancia económica. Pues bien, lo que hoy está sucediendo es que estas sociedades, una a una, van pasando a ser de cooperativas a empresas privadas normales, propiedad de accionistas que reciben dividendos. Y la única razón por la que los socios de las cooperativas aceptan lo que está sucediendo y votan por su transformación en bancos o en sociedades anónimas, es la cantidad de dinero que reciben a cambio de la venta de sus participaciones. Ni los gerentes de estas cooperativas, ni la lógica misma, están a favor de esa conversión. No hay ninguna duda: los beneficios para los socios serían mucho mayores si estas sociedades siguieran funcionando como cooperativas. La gente da algo que tiene un gran valor social por una ganancia inmediata y a corto plazo. Este es un peligro muy serio. Cada vez se hace más difícil interesar a la gente en objetivos colectivos. Mientras son muy pobres, responden todavía a estos llamamientos, porque no pueden conseguir nada si no es colectivamente, pero si superan el umbral de la necesidad piensan que pueden obtener más persiguiendo exclusivamente su propio interés.

Ello no obstante, quedan en pie dos grandes reivindicaciones de la tradición de izquierdas. De la tríada que se remonta a la Revolución Francesa –libertad, igualdad, fraternidad– la fraternidad ya no tiene eficacia, pero aún siguen estando ahí la libertad y la igualdad.

Sabemos lo que quiere decir libertad. La igualdad, en términos prácticos, viene a significar hoy en día servicios sociales y redistribución a cargo de los gobiernos. Todo lo que el mercado libre no puede garantizar. Hasta los conservadores herederos de la Thatcher, que más que ninguna de las derechas habidas se empeñó en conseguir cambios sociales radicales en la dirección del mercado libre, se están retirando ahora de ese credo, reconociendo por ejemplo que sanidad, educación y una previsión básica para la vejez son tareas principales del Estado y de la acción pública.

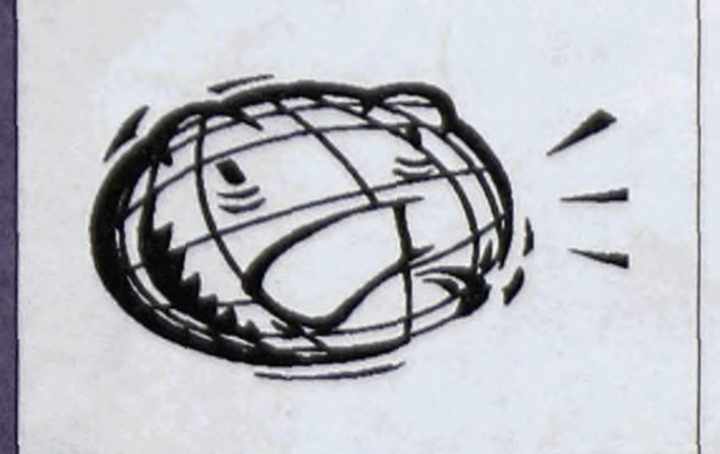
Le esbozaré, si me lo permite, un cuarto y último escenario para la izquierda moderna, y usted me dice qué opina. La derecha y la izquierda se han hecho indistinguibles. La única forma de trazar líneas divisorias para la política del siglo XXI es distinguir entre progresistas y conservadores. Los primeros promueven la competencia como medio moderno para afirmar el talento individual en condiciones de igualdad de acceso a la escena social. Los segundos quieren mantener el *statu quo* de los grandes grupos empresariales y de los privilegios, incluidos los de las aristocracias obreras y sus sindicatos. Los primeros apelan a los jóvenes; los segundos, a los viejos y a los jubilados.

–Hay verdad en lo que dice. Una gran parte de la izquierda se ha convertido, ciertamente, en un elemento que trata de conservar lo bueno del pasado, o por lo menos trata de salvaguardarlo de futuros cambios o erosiones. Por otra parte no se puede identificar a la derecha siempre y en todo con el apoyo a una economía competitiva y sin controles. En su descripción, sin embargo, usted ha valorado muy poco otros elementos que desordenan el juego. Por ejemplo, el problema del nacionalismo y del patriotismo, que ya no se dan exclusivamente en una parte o en la otra. En cambio, estoy en completo desacuerdo con usted sobre la cuestión jóvenes-viejos. Es cierto que es más fácil movilizar a los viejos en el terreno del conservacionalismo social, pero creo que ninguna política tiene un gran efecto sobre los jóvenes.

La despolitización de los jóvenes es uno de los problemas más característicos y complicados de esta fase. No está claro qué papel desempeñarán los jóvenes en la política del siglo venidero. Mi opinión es que serán muy importantes en pequeños grupos de vanguardia, de un tipo o de otro, pero no serán necesariamente la fuerza motriz de los cambios sociales y mucho menos en los electorales. Quien más contará, desde el punto de vista electoral, serán las familias de clase media en edad de trabajar.

No hay un solo ejemplo de movimiento socialista que tenga una verdadera organización juvenil. Y fíjese que ni siquiera en el pasado fue así. El sostén de los partidos comunistas y socialdemócratas no está compuesto por jóvenes, sino por familias en edad de trabajar. He aquí por qué, frente al declive de esta estructura social, yo tengo tantas dudas sobre el futuro de la política, no sólo de la de izquierda, sino de cualquiera. Si a los jóvenes se les puede movilizar par alguna cosa, es por cuestiones concretas: estilos de vida, medio ambiente, aspectos emancipatorios, como los derechos de los *gay* o las drogas. Causas que sólo están vinculadas marginalmente a la política. ♣

NOTICIAS DEL MUNDO





❖ Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951, actualmente el escritor español más vendido en el mundo) visitará la ciudad de Buenos Aires entre el 17 y el 20 de este mes como parte de la gira de presentación de su novela *La carta esférica*, publicada por Alfaguara. *La carta esférica* es la historia de un marino sin barco, desterrado del mar, a quien rescata una mujer que lo devuelve a la aventura marina. También visitará Buenos Aires el argentino Enrique Lynch (Buenos Aires, 1948) con motivo de la presentación de la reedición de *Prosa y circunstancia* que distribuirá editorial Alfaguara.

❖ Tres colaboradores de *Radarlibros* han sido distinguidos por la Fundación Antorchas en diferentes rubros convocados a concurso en 1999. Delfina Muschietti ganó la Beca Antorchas en la categoría Ensayo, Vanna Andreini obtuvo una beca para asistir a un taller literario y Santiago Llach se hizo acreedor a un subsidio para la publicación de un libro de poemas. Enhorabuena.

❖ La autoglorificación del editor continúa arrojando buenos dividendos y, en definitiva, es una operación interesante cuando se trata de contar la vida de los grandes editores del siglo XX. Carlo Feltrinelli, el hijo de Giangiacomo Feltrinelli, entrega en *Senior Service* un relato casi novelesco de la vida de su padre, con el acento puesto en los combates culturales y el compromiso político que caracterizaron su actividad al frente del mítico sello Feltrinelli.

❖ Umberto Eco se hizo acreedor del premio Príncipe de Asturias de la Comunicación en su edición 2000. Continuando con la política de premiar a grandes nombres de la cultura contemporánea –el año pasado obtuvo la distinción Günter Grass–, la Fundación que administra el premio resolvió, en su reunión de Oviedo la semana pasada, otorgar el Premio al escritor italiano en recompensa por "el trabajo científico, técnico y cultural, social y humano realizado".

❖ El próximo martes 16 a las 7 de la tarde Guillermo Saccomanno y Noé Jitrik presentarán *El mandato* de José Pablo Feinmann en el ICI (Florida 943).



ENTREVISTA

Juver

POR FERNANDO NOY Desde 1995, Gonzalo Garcés vive en París. Su segunda novela, *Los impacientes*, acaba de ser galardonada con el premio Biblioteca Breve de Novela 2000 de Seix Barral, otorgado en forma unánime por Guillermo Cabrera Infante, Luis Goytisolo, Pere Gimferrer, Susana Fortes y Basilio Baltasar. Este precoz escritor de 25 años ya había publicado a los 17 su primera novela, *Diciembre*, por Editorial Sudamericana. Ahora nos habla de esa singular trama en la cual tres amigos, definitivamente marcados por la decadencia de la idea de juventud, van detrás de sus quimeras en una Buenos Aires todavía finisecular y siempre amenazante.

¿El trío retratado en su novela de algún modo es una cifra de tantos jóvenes urgidos por la necesidad de dejar de serlo?

–Precisamente, la apuesta es que eso sea posible. Alguien me preguntó si no había aquí una visión en extremo decadentista. Por el contrario, siento que no se puede ser creíble al dar siempre una nota positiva si no es a partir de lo más bajo. Para expresar optimis-

Revolución estom



LA GRAN RUPTURA
Francis Fukuyama
trad. Dorotea Pläching de Salcedo
Atlántida
Buenos Aires, 1999
440 págs. $ 28

POR DANIEL LINK Es frecuente que, cada tanto, la gente se pregunte por qué las ideas de derecha son tanto más exitosas que las ideas progresistas. Una de las respuestas –la más cínica probablemente– dice que el problema encuentra su origen en el encanto. La derecha y sus ideólogos suelen ser mucho más encantadores (en el buen y en el mal sentido) que la izquierda, siempre sombría, siempre apocalíptica, siempre sospechada, por lo menos, de "mal gusto". Nada de esto podría decirse de Francis Fukuyama, quien carece de todo encanto personal y cuya prosa es de un burocratismo abrumador. Sus ideas, tal vez, puedan encantar a la gente de negocios porque brindan cierta ilusión de marco teórico para las prácticas reaccionarias que conforman la vida cotidiana del ejecutivo joven o maduro.

Lo cierto es que si Fukuyama (sus ideas nefastas, su esquemática liviandad, su conservadurismo extremo) ha triunfado en los últimos doce años ha sido por pereza de la izquierda y los sectores progresistas de la sociedad. ¿Por dónde, en efecto, circula Fukuyama? No por las facultades de ciencias sociales y humanidades que, aun por razones puramente sentimentales y folklóricas, siguen manifestando adhesión a los modelos izquierdistas de explicación de la realidad. Fukuyama circula por las escuelas de negocios (*business*) y afines. Por los departamentos de Estado y las agencias de espionaje. Es decir, por los espacios más conservadores. El pensamiento progresista piensa que no se debe discutir con Fukuyama porque sus ideas son de un primitivismo abyecto y su saber filosófico es mínimo: sería como discutir con un verdugo los fundamentos ontológicos del ser. Liberado así de toda atadura respecto de la racionalidad, Fukuyama circula solo, como un auto abandonado en una pista de autitos chocadores.

La gran ruptura se propone analizar "la naturaleza humana y la reconstrucción del orden social". Y, agrega Fukuyama, el contrabando ideológico, aunque desde ese subtítulo su libro incurra en el peor de los contrabandos: ¿qué tendrán que ver "la naturaleza humana" (si tal cosa fuera, además, conceptualmente admisible) y "la reconstrucción del orden social"? ¿No se trata de dos conceptos de rango incompatible? ¿Y qué orden necesita ser reconstruido? ¿No habría, más bien, que abominar del orden social, teniendo en cuenta que los resultados más evidentes del actual "orden social" son los triunfos en elecciones libres de un fascista como Haider en Austria o un fundamentalista religioso como Ruckauf en la provincia de Buenos Aires? Si se soporta la falsedad de ese subtítulo, el libro de Fukuyama puede pasar como *aceptable*. Y eso es lo grave. La irrestricta circulación de las ideas de derecha (Fukuyama o Daniel Bell, llegado el caso) tiene consecuencias políticas concretas.

El autor es conocido sobre todo por su panfleto reaccionario *El fin de la historia* (1989), que no hacía sino repetir los peores argumentos de Hegel a favor de una hipótesis teleológica de la historia. Para Hegel la historia tenía un final y ese final era el militarismo prusiano. Para Fukuyama la historia también tiene un final y ese final es la abolición de los conflictos sociales. No como realidades, naturalmente –porque para eso están los departamentos de Estado, para los cuales el propio Fukuyama trabajó antes de dedicarse *full time* al esparcimiento de ideas– pero sí como categorías explicativas.

Fukuyama nota una cierta decadencia del capitalismo (que mentes menos inclinadas a la apología designan sencillamente como "crisis") y atribuye esa decadencia a faltas morales: "Aunque conservadores como William J. Bennet son atacados a menudo por insistir en el tema de la decadencia moral, en esencia están en lo cierto (...). La decadencia es perfectamente mensurable a través de estadísticas sobre la delincuencia, los niños sin padre, la reducción de las oportunidades educativas y los resultados de la educación, la disminución de la confianza y otros factores similares". No hace falta señalar que la igualación de delincuencia, hogares monoparentales y algo tan vago como la disminución de la confianza (para no hablar del sospechoso enunciado "otros factores similares") sólo puede funcionar como valija de doble fondo para contrabandear ideología. Si se acepta esa enumeración, una vez más, se aceptará todo. Por ejemplo, la taimada presentación que realiza Fukuyama de los procesos históricos latinoamericanos: "Desde principios de la década del '70 hasta principios de los '90 hubo un repentino surgimiento de nuevas democracias en América latina". Quienes guardamos alguna memoria, por leve que sea, de la década del '70 sabemos que esa periodización no sólo es errónea sino, sobre todo, maligna. ¿Y cómo osa alguien hablar de "repentino surgimiento" de la democracia, como si se tratara de una súbita e inexplicable floración fuera de temporada?

Fukuyama continúa, página tras página, equivocando (deliberadamente) el rumbo de su pensamiento. Porque, justo es decirlo, *La gran ruptura* es un libro muy rico en estadísti-

NOTICIAS DEL MUNDO





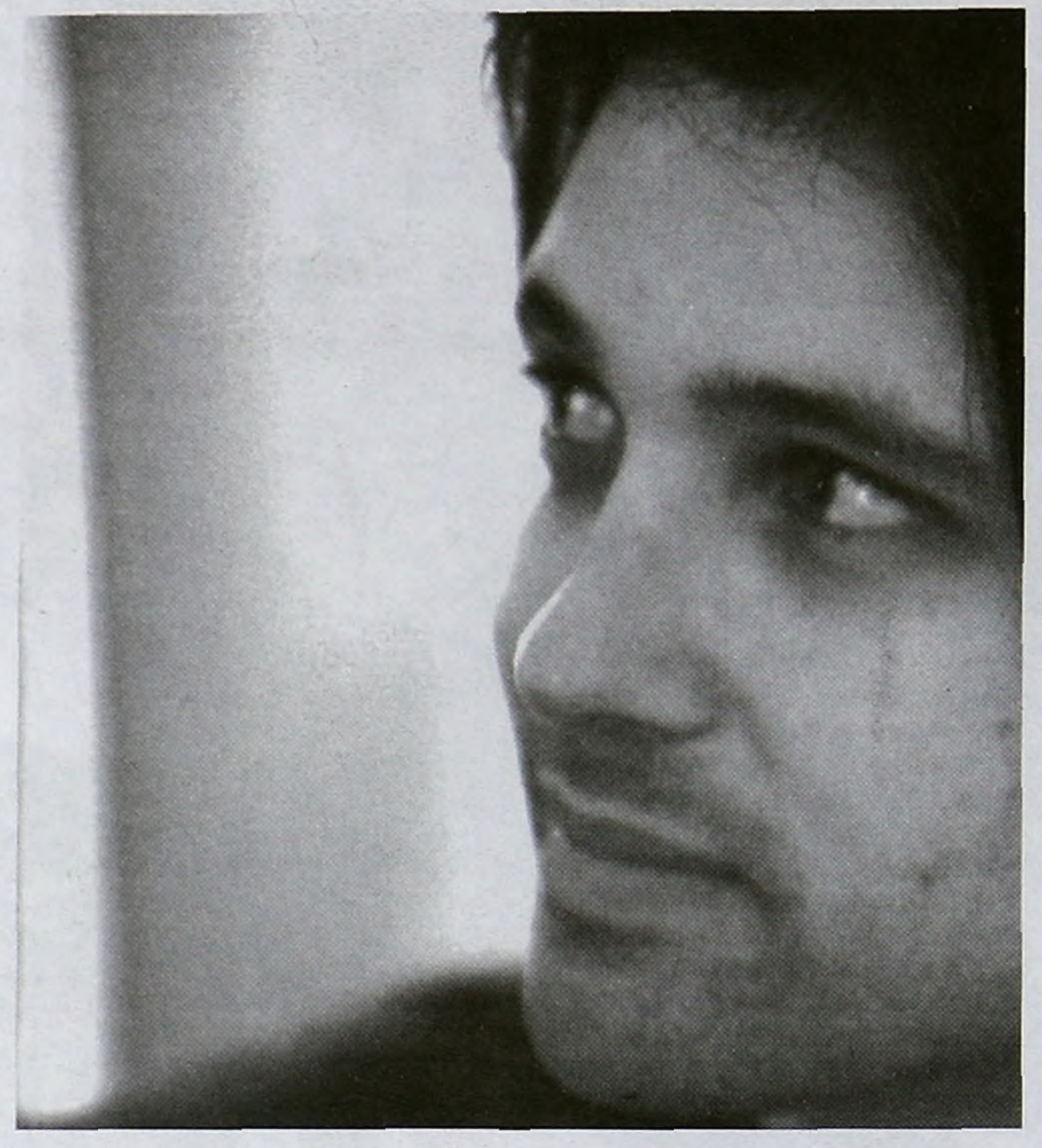
Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951, actualmente el escritor español más vendido en el mundo) visitará la ciudad de Buenos Aires entre el 17 y el 20 de este mes como parte de la gira de presentación de su novela *La carta esférica*, publicada por Alfaguara. *La carta esférica* es la historia de un marino sin barco, desterrado del mar, a quien rescata una mujer que lo devuelve a la aventura marina. También visitará Buenos Aires el argentino Enrique Lynch (Buenos Aires, 1948) con motivo de la presentación de la reedición de *Prosa y circunstancia* que distribuirá editorial Alfaguara.

Tres colaboradores de *Radarlibros* han sido distinguidos por la Fundación Antorchas en diferentes rubros convocados a concurso en 1999. Delfina Muschietti ganó la Beca Antorchas en la categoría Ensayo, Vanna Andreini obtuvo una beca para asistir a un taller literario y Santiago Llach se hizo acreedor a un subsidio para la publicación de un libro de *poemas. Enhorabuena.*

La autoglorificación del editor continúa arrojando buenos dividendos y, en definitiva, es una operación interesante cuando se trata de contar la vida de los grandes editores del siglo XX. Carlo Feltrinelli, el hijo de Giangiacomo Feltrinelli, entrega en *Senior Service* un relato casi novelesco de la vida de su padre, con el acento puesto en los combates culturales y el compromiso político que caracterizaron su actividad al frente del mítico sello Feltrinelli.

Umberto Eco se hizo acreedor del premio Príncipe de Asturias de la Comunicación en su edición 2000. Continuando con la política de premiar a grandes nombres de la cultura contemporánea –el año pasado obtuvo la distinción Günter Grass–, la Fundación que administra el premio resolvió, en su reunión de Oviedo la semana pasada, otorgar el Premio al escritor italiano en recompensa por "el trabajo científico, técnico y cultural, social y humano realizado".

El próximo martes 16 a las 7 de la tarde Guillermo Saccomanno y Noé Jitrik presentarán *El mandato* de José Pablo Feinmann en el ICI (Florida 943).



ENTREVISTA

Juvenilia

Gonzalo Garcés, reciente ganador del premio Biblioteca Breve, estuvo en Buenos Aires para presentar su novela *Los impacientes*, que participa de la temática que hace furor en la actual temporada europea: la juventud (y cómo contarla).

POR FERNANDO NOY Desde 1995, Gonzalo Garcés vive en París. Su segunda novela, *Los impacientes*, acaba de ser galardonada con el premio Biblioteca Breve de Novela 2000 de Seix Barral, otorgado en forma unánime por Guillermo Cabrera Infante, Luis Goytisolo, Pere Gimferrer, Susana Fortes y Basilio Baltasar. Este precoz escritor de 25 años ya había publicado a los 17 su primera novela, *Diciembre*, por Editorial Sudamericana. Ahora nos habla de esa singular trama en la cual tres amigos, definitivamente marcados por la decadencia de la idea de juventud, van detrás de sus quimeras en una Buenos Aires todavía finisecular y siempre amenazante.

¿El trío retratado en su novela de algún modo es una cifra de tantos jóvenes urgidos por la necesidad de dejar de serlo?

–Precisamente, la apuesta es que eso sea posible. Alguien me preguntó si no había aquí una visión en extremo decadentista. Por el contrario, siento que no se puede ser creíble al dar siempre una nota positiva si no es a partir de lo más bajo. Para expresar optimismo, irremediablemente tengo que despegar desde lo más negro.

Cierto aire de culpa sobrevuela estas páginas...

–Es que me seduce la tradición "schopenhaueriana", donde la culpa pasa a ser el primer síntoma de conciencia ajena, de ruptura con la soledad. Uno de los personajes, Keller, descubre "...cómo todo el mundo me creía emancipado de la culpa y así también lo pagué con una limitación muy grave en el conocimiento de mí mismo".

También dijo: "Si no podemos tener treinta o cuarenta años antes de los veinte, entonces no valía tenerlos nunca".

–Mis protagonistas viven una época muy dura en la cual hemos retrasado de manera casi dramática ese umbral a partir de que cualquier persona se considera adulta. Alguna vez podremos afirmar que ésta fue la época de los eternos adolescentes. Y seguimos tratando de serlo hasta que de pronto, bruscamente, caemos en la vejez.

¿Abandonar la adolescencia implica un cambio demasiado difícil?

–Claro, es la edad en que casi deliberadamente se ignora a la propia muerte. Uno cree tener todo el tiempo del mundo. Lo que finalmente la distingue de su etapa adulta es cierta conciencia del límite que obliga a ponerse serio y empezar a actuar de inmediato. Por algo, la etapa adulta casi siempre es la más productiva.

También he leído en su libro que, con la muerte, uno escapa del tiempo.

–No quisiera aparecer con la inútil pretensión de que esas ideas filosóficas que recorren el texto me pertenezcan por completo. Bien podrían encontrarse en Schopenhauer, que desarrolla obsesivamente la imposibilidad de conocerse, ya que la existencia es un cambio perpetuo. Hasta ellos fantasean con vivir la vida entera en un tiempo corto y veloz para después, al fin, salir a mirarla desde afuera. Algo que no siempre podemos hacer, tan ocupados en vivir.

De todos modos, hay varios momentos de pasiones contrastadas.

–Eso mismo, porque además del lesbianismo de Mila, por ejemplo, yo también quería expresar, de manera velada, discreta, la incomodidad de Keller con su propio sexo. Así, el círculo se cierra. Si Keller ama y es amado por Mila, existe el tercer ángulo desde el cual Keller también ama a Boris. Oscar Wilde siempre negó que sus personajes tuvieran algo que ver con él. Pero con respecto a Dorian Gray, alguna vez dijo: "Es fácil, ese pintor enamorado de su modelo en realidad soy yo mismo, el modelo es como a mí me gustaría ser y, a su vez, el aristócrata amigo, es cómo el mundo nos ve".

Cabrera Infante afirma que si su novela tiene precedentes, pareciera no tenerlos.

–Pero están, y muy marcados. *El Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, sin ir más lejos. Hay allí una serie de personajes hechos de pura idea. Y aun sin saber si son altos o bajos, bellos o feos, fueron retratados únicamente a través de sus pensamientos. Así, también, entre las posibles lecturas de mi novela, una sería creer que todo lo narrado sucedió verdaderamente, pero podemos imaginar al propio Keller inventando una historia que sólo sucedió en su cabeza. ♣

Revolución estomacal



LA GRAN RUPTURA
Francis Fukuyama
trad. Dorotea Pläching de Salcedo
Atlántida
Buenos Aires, 1999
440 págs. $ 28

POR DANIEL LINK Es frecuente que, cada tanto, la gente se pregunte por qué las ideas de derecha son tanto más exitosas que las ideas progresistas. Una de las respuestas –la más cínica probablemente– dice que el problema encuentra su origen en el encanto. La derecha y sus ideólogos suelen ser mucho más encantadores (en el buen y en el mal sentido) que la izquierda, siempre sombría, siempre apocalíptica, siempre sospechada, por lo menos, de "mal gusto". Nada de esto podría decirse de Francis Fukuyama, quien carece de todo encanto personal y cuya prosa es de un burocratismo abrumador. Sus ideas, tal vez, puedan encantar a la gente de negocios porque brindan cierta ilusión de marco teórico para las prácticas reaccionarias que conforman la vida cotidiana del ejecutivo joven o maduro.

Lo cierto es que si Fukuyama (sus ideas nefastas, su esquemática liviandad, su conservadurismo extremo) ha triunfado en los últimos doce años ha sido por pereza de la izquierda y los sectores progresistas de la sociedad. ¿Por dónde, en efecto, circula Fukuyama? No por las facultades de ciencias sociales y humanidades que, aun por razones puramente sentimentales y folklóricas, siguen manifestando adhesión a los modelos izquierdistas de explicación de la realidad. Fukuyama circula por las escuelas de negocios (*business*) y afines. Por los departamentos de Estado y las agencias de espionaje. Es decir, por los espacios más conservadores. El pensamiento progresista piensa que no se debe discutir con Fukuyama porque sus ideas son de un primitivismo abyecto y su saber filosófico es mínimo: sería como discutir con un verdugo los fundamentos ontológicos del ser. Liberado así de toda atadura respecto de la racionalidad, Fukuyama circula solo, como un auto abandonado en una pista de autitos chocadores.

La gran ruptura se propone analizar "la naturaleza humana y la reconstrucción del orden social". Y, agrega Fukuyama, el contrabando ideológico, aunque desde ese subtítulo su libro incurra en el peor de los contrabandos: ¿qué tendrán que ver "la naturaleza humana" (si tal cosa fuera, además, conceptualmente admisible) y "la reconstrucción del orden social"? ¿No se trata de dos conceptos de rango incompatible? ¿Y qué orden necesita ser reconstruido? ¿No habría, más bien, que abominar del orden social, teniendo en cuenta que los resultados más evidentes del actual "orden social" son los triunfos en elecciones libres de un fascista como Haider en Austria o un fundamentalista religioso como Ruckauf en la provincia de Buenos Aires? Si se soporta la falsedad de ese subtítulo, el libro de Fukuyama puede pasar como *aceptable*. Y eso es lo grave. La irrestricta circulación de las ideas de derecha (Fukuyama o Daniel Bell, llegado el caso) tiene consecuencias políticas concretas.

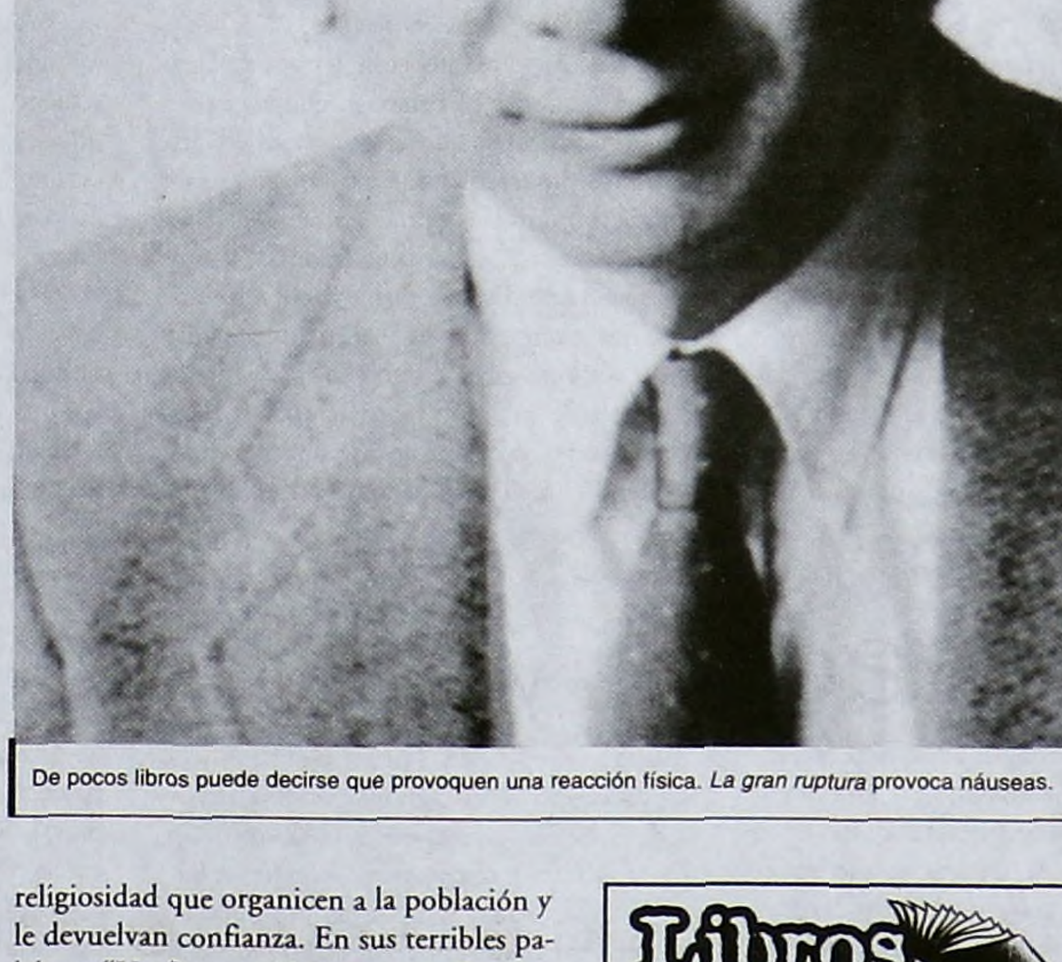
El autor es conocido sobre todo por su panfleto reaccionario *El fin de la historia* (1989), que no hacía sino repetir los peores argumentos de Hegel a favor de una hipótesis teleológica de la historia. Para Hegel la historia tenía un final y ese final era el militarismo prusiano. Para Fukuyama la historia también tiene un final y ese final es la abolición de los conflictos sociales. No como realidades, naturalmente –porque para eso están los departamentos de Estado, para los cuales el propio Fukuyama trabajó antes de dedicarse *full time* al esparcimiento de ideas, pero sí como categorías explicativas.

Fukuyama nota una cierta decadencia del capitalismo (que mentes menos inclinadas a la apología designan sencillamente como "crisis") y atribuye esa decadencia a faltas morales: "Aunque conservadores como William J. Bennet son atacados a menudo por insistir en el tema de la decadencia moral, en esencia están en lo cierto (...). La decadencia es perfectamente mensurable a través de estadísticas sobre la delincuencia, los niños sin padre, la reducción de las oportunidades educativas y los resultados de la educación, la disminución de la confianza y otros factores similares". No hace falta señalar que la igualación de delincuencia, hogares monoparentales y algo tan vago como la disminución de la confianza (para no hablar del sospechoso enunciado "otros factores similares") sólo puede funcionar como valija de doble fondo para contrabandear ideología. Si se acepta esa enumeración, una vez más, se aceptará todo. Por ejemplo, la taimada presentación que realiza Fukuyama de los procesos históricos latinoamericanos: "Desde principios de la década del '70 hasta principios de los '90 hubo un repentino surgimiento de nuevas democracias en América latina". Quienes guardamos alguna memoria, por leve que sea, de la década del '70 sabemos que esa periodización no sólo es errónea sino, sobre todo, maligna. ¿Y cómo osa alguien hablar de "repentino surgimiento" de la democracia, como si se tratara de una súbita e inexplicable floración fuera de temporada?

Fukuyama continúa, página tras página, equivocando (deliberadamente) el rumbo de su pensamiento. Porque, justo es decirlo, *La gran ruptura* es un libro muy rico en estadísticas. Lo que ofende a la inteligencia es, sin embargo, el uso que de ellas se hace. Fukuyama argumenta (y recurre a estadísticas para demostrarlo) que las razones de la "decadencia" del capitalismo tienen que ver con: a) la disminución de la tasa de natalidad en los países desarrollados (¡que importen gente del tercer mundo, si ése es el drama!); b) el aumento de los índices de divorcio; y c) la pérdida de confianza de los ciudadanos en sus respectivos gobiernos. A Fukuyama no se le ocurre (o sí, pero jamás lo reconocería) que la crisis de la familia tradicional y su transformación pueda considerarse positivamente, porque para él la familia no es una institución represiva sino la fuente de la moralidad. Dejémoslo en paz en este punto. Mucho peor es que no se le ocurra que, si los ciudadanos han perdido confianza en sus gobernantes, esto sucede porque esos mismos gobernantes han traicionado sistemáticamente el mandato presuntamente "democrático" a partir del cual accedieron al poder. Y, sobre todo, que han podido traicionar ese mandato porque les ha interesado más la defensa de los intereses de los grandes grupos económicos y financieros. "La confianza se ve lesionada por el exceso de egoísmo y oportunismo." Una vez más, los culpables de la crisis actual del capitalismo son sus propias víctimas. Por ejemplo, los negros: "Los afroestadounidenses son mucho más desconfiados que otros grupos: el 80,9 por ciento de la población negra considera que la gente no merece confianza, en comparación con el 51,2 por ciento de blancos que expresan la misma opinión", pontifica Fukuyama. Queda claro que la culpa es de los negros y no de quienes los han esclavizado, apaleado y segregado. Igualmente culpables son los homosexuales (contrarios a toda moralidad, en la perspectiva de Fukuyama) en la crisis de la familia: "Los homosexuales tienen una cantidad de parejas mucho mayor que las lesbianas y que los individuos heterosexuales: ello no se debe a su homosexualidad sino a su masculinidad no limitada por la selectividad femenina".

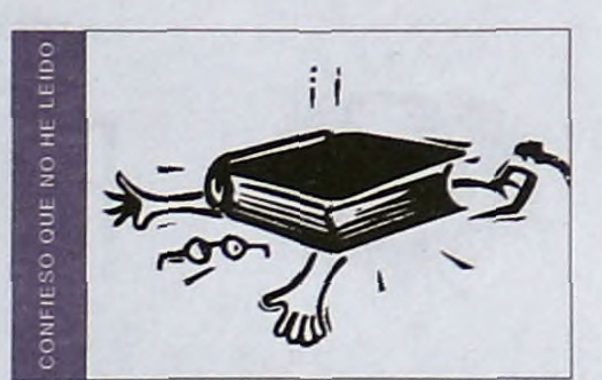
¿Hace falta seguir? Basta señalar que la solución-Fukuyama a los males del capitalismo es sencilla como la hoguera de la Edad Media: hay que recuperar formas de religiosidad que organicen a la población y le devuelvan confianza. En sus terribles palabras: "Un factor crítico que contribuye a este proceso de decadencia es la secularización del mundo, dado que, si la religión es la gran fuente de acción moral, su declinación frente a la modernización significaría el fin del orden social". ¿Qué tal?

De pocos libros puede decirse que provoquen una reacción física. *La gran ruptura* provoca náuseas. Quien lo lea sin experimentar esa desazón estomacal seguramente estará siendo cómplice de lo peor de la política futura.♣



De pocos libros puede decirse que provoquen una reacción física. *La gran ruptura* provoca náuseas.

CONFIESO QUE NO HE LEÍDO



Deberes literarios pendientes. Hoy: Claudio Zeiger, autor de Nombre de guerra.

Para ir al grano con el amarillismo que esta sección requiere y merece, aquí van algunos títulos: no leí ni pienso leer *El nombre de la rosa* ni *El péndulo de Foucault* ni *La isla del día de antes*, todos de Umberto Eco. Tampoco leí mucho que digamos a Faulkner, pero en compensación leí todo Onetti (¿escucharon? ¡*Todo*!, *Dejemos hablar al viento* también).

Hay libros o autores que no leí o –lo que es peor todavía– no me acuerdo si leí alguna vez (fui un estudiante víctima de la cultura de la fotocopia que suele fragmentar la memoria literaria) o creo que leí y en realidad no leí, o me convencieron de que los leí de tanto que va el cántaro a la fuente de ciertos autores. Ejemplo: Macedonio Fernández. Ni siquiera sé muy bien cuáles son sus libros. Eso sí: escuché hablar muchísimo de él a gente que lo llama Macedonio, con manifiesta familiaridad. No estoy nada seguro de haberlo leído o no. Otro que no estoy nada seguro de haber leído es Emilio Salgari, pero por la sencilla explicación de que soy devoto desde chiquito de Julio Verne. Y eso, se sabe, es una antinomia. "Intenté pero no pude": Creo que es la categoría más interesante, la de aquellos libros o autores que una y otra vez nos rebotan. Hay algo de nobleza en esa terquedad (tanto la del libro como la de uno). Intenté con Günter Grass y una y otra vez me rendí. Cuando le dieron el Nobel me di cuenta de que había llegado el final: jamás voy a intentarlo otra vez. Y con Gombrowicz, al que nunca pude leer más allá de algunos fragmentos selectos, por la simple razón de que siempre me cayó tremendamente antipático (hace poco, leyendo el formidable libro de críticas *Descripciones de descripciones* de Pier Paolo Pasolini, me llegó el consuelo de que a Pasolini también le caía muy antipático el polaco argentino). Hay otra categoría que me llena de melancolía y que creo que puede incluirse en esta peligrosa sección: aquellos que dejé de leer. Me hace acordar a lo que pasa con tanta música (basta ir a revisar la caja de viejos casettes) que uno ya no escucha *pero escuchó*. Sí, señor juez: crecí y dejé de leer a Bradbury, que todavía hoy sigue largando insondables colecciones de cuentos. Y jamás me arrepentiré lo suficiente de no haber leído todos los libros de Agatha Christie (figura que admiro profundamente) en su justo momento. Hace dos o tres añitos leí su última novela, *Telón* (que es muy buena) y era patético cómo me esforzaba por sentir el cosquilleo calenturiento que me provocaba en la adolescencia (ahora, irreconocibles ambas: ella y mi adolescencia). En un momento dejé de leer a Patricia Highsmith (antes de que ella dejara de escribir), pero en compensación no pasa verano sin que lea algo de Raymond Chandler, a pesar de que ya no me gusta tanto. Para terminar, como corresponde, satisfaciendo el morbo de los lectores de esta sección, vuelvo a la categoría de no leídos jamás: en mi perra vida leí ni un solo libro de Isaac Asimov, y ya no creo que vaya a hacerlo.

CLAUDIO ZEIGER

ilia

Gonzalo Garcés, reciente ganador del premio Biblioteca Breve, estuvo en Buenos Aires para presentar su novela *Los impacientes*, que participa de la temática que hace furor en la actual temporada europea: la juventud (y cómo contarla).

mo, irremediablemente tengo que despegar desde lo más negro.

Cierto aire de culpa sobrevuela estas páginas...

–Es que me seduce la tradición "schopenhaueriana", donde la culpa pasa a ser el primer síntoma de conciencia ajena, de ruptura con la soledad. Uno de los personajes, Keller, descubre "...cómo todo el mundo me creía emancipado de la culpa y así también lo pagué con una limitación muy grave en el conocimiento de mí mismo".

También dijo: "Si no podemos tener treinta o cuarenta años antes de los veinte, entonces no valía tenerlos nunca".

–Mis protagonistas viven una época muy dura en la cual hemos retrasado de manera casi dramática ese umbral a partir de que cualquier persona se considera adulta. Alguna vez podremos afirmar que ésta fue la época de los eternos adolescentes. Y seguimos tratando de serlo hasta que de pronto, bruscamente, caemos en la vejez.

¿Abandonar la adolescencia implica un cambio demasiado difícil?

–Claro, es la edad en que casi deliberadamente se ignora a la propia muerte. Uno cree tener todo el tiempo del mundo. Lo que finalmente la distingue de su etapa adulta es cierta conciencia del límite que obliga a ponerse serio y empezar a actuar de inmediato. Por algo, la etapa adulta casi siempre es la más productiva.

También he leído en su libro que, con la muerte, uno escapa del tiempo.

–No quisiera aparecer con la inútil pretensión de que esas ideas filosóficas que recorren el texto me pertenezcan por completo. Bien podrían encontrarse en Schopenhauer, que desarrolla obsesivamente la imposibilidad de conocerse, ya que la existencia es un cambio perpetuo. Hasta ellos fantasean con vivir la vida entera en un tiempo corto y veloz para después, al fin, salir a mirarla desde afuera. Algo que no siempre podemos hacer, tan ocupados en vivir.

De todos modos, hay varios momentos de pasiones contrastadas.

–Eso mismo, porque además del lesbianismo de Mila, por ejemplo, yo también quería expresar, de manera velada, discreta, la incomodidad de Keller con su propio sexo. Así, el círculo se cierra. Si Keller ama y es amado por Mila, existe el tercer ángulo desde el cual Keller también ama a Boris. Oscar Wilde siempre negó que sus personajes tuvieran algo que ver con él. Pero con respecto a Dorian Gray, alguna vez dijo: "Es fácil, ese pintor enamorado de su modelo en realidad soy yo mismo, el modelo es como a mí me gustaría ser y, a su vez, el aristócrata amigo, es cómo el mundo nos ve".

Cabrera Infante afirma que si su novela tiene precedentes, pareciera no tenerlos.

–Pero están, y muy marcados. *El Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, sin ir más lejos. Hay allí una serie de personajes hechos de pura idea. Y aun sin saber si son altos o bajos, bellos o feos, fueron retratados únicamente a través de sus pensamientos. Así, también, entre las posibles lecturas de mi novela, una sería creer que todo lo narrado sucedió verdaderamente, pero podemos imaginar al propio Keller inventando una historia que sólo sucedió en su cabeza. ♣

acal

cas. Lo que ofende a la inteligencia es, sin embargo, el uso que de ellas se hace. Fukuyama argumenta (y recurre a estadísticas para demostrarlo) que las razones de la "decadencia" del capitalismo tienen que ver con: a) la disminución de la tasa de natalidad en los países desarrollados (¡que importen gente del tercer mundo, si ése es el drama!); b) el aumento de los índices de divorcio; y c) la pérdida de confianza de los ciudadanos en sus respectivos gobiernos. A Fukuyama no se le ocurre (o sí, pero jamás lo reconocería) que la crisis de la familia tradicional y su transformación pueda considerarse positivamente, porque para él la familia no es una institución represiva sino la fuente de la moralidad. Dejémoslo en paz en este punto. Mucho peor es que no se le ocurra que, si los ciudadanos han perdido confianza en sus gobernantes, esto sucede porque esos mismos gobernantes han traicionado sistemáticamente el mandato presuntamente "democrático" a partir del cual accedieron al poder. Y, sobre todo, que han podido traicionar ese mandato porque les ha interesado más la defensa de los intereses de los grandes grupos económicos y financieros. "La confianza se ve lesionada por el exceso de egoísmo y oportunismo." Una vez más, los culpables de la crisis actual del capitalismo son sus propias víctimas. Por ejemplo, los negros: "Los afroestadounidenses son mucho más desconfiados que otros grupos: el 80,9 por ciento de la población negra considera que la gente no merece confianza, en comparación con el 51,2 por ciento de blancos que expresan la misma opinión", pontifica Fukuyama. Queda claro que la culpa es de los negros y no de quienes los han esclavizado, apaleado y segregado. Igualmente culpables son los homosexuales (contrarios a toda moralidad, en la perspectiva de Fukuyama) en la crisis de la familia: "Los homosexuales tienen una cantidad de parejas mucho mayor que las lesbianas y que los individuos heterosexuales: ello no se debe a su homosexualidad sino a su masculinidad no limitada por la selectividad femenina".

¿Hace falta seguir? Basta señalar que la solución-Fukuyama a los males del capitalismo es sencilla como la hoguera de la Edad Media: hay que recuperar formas de religiosidad que organicen a la población y le devuelvan confianza. En sus terribles palabras: "Un factor crítico que contribuye a este proceso de decadencia es la secularización del mundo, dado que, si la religión es la gran fuente de acción moral, su declinación frente a la modernización significaría el fin del orden social". ¿Qué tal?

De pocos libros puede decirse que provoquen una reacción física. *La gran ruptura* provoca náuseas. Quien lo lea sin experimentar esa desazón estomacal seguramente estará siendo cómplice de lo peor de la política futura. ♣



De pocos libros puede decirse que provoquen una reacción física. *La gran ruptura* provoca náuseas.

CONFIESO QUE NO HE LEÍDO



Deberes literarios pendientes. Hoy: Claudio Zeiger, autor de Nombre de guerra.

Para ir al grano con el amarillismo que esta sección requiere y merece, aquí van algunos títulos: no leí ni pienso leer *El nombre de la rosa* ni *El péndulo de Foucault* ni *La isla del día de antes*, todos de Umberto Eco. Tampoco leí mucho que digamos a Faulkner, pero en compensación leí todo Onetti (¿escucharon? ¡*Todo*!, *Dejemos hablar al viento* también).

Hay libros o autores que no leí o –lo que es peor todavía– no me acuerdo si leí alguna vez (fui un estudiante víctima de la cultura de la fotocopia que suele fragmentar la memoria literaria) o creo que leí y en realidad no leí, o me convencieron de que los leí de tanto que va el cántaro a la fuente de ciertos autores. Ejemplo: Macedonio Fernández. Ni siquiera sé muy bien cuáles son sus libros. Eso sí: escuché hablar muchísimo de él a gente que lo llama Macedonio, con manifiesta familiaridad. No estoy nada seguro de haberlo leído o no. Otro que no estoy nada seguro de haber leído es Emilio Salgari, pero por la sencilla explicación de que soy devoto desde chiquito de Julio Verne. Y eso, se sabe, es una antinomia. "Intenté pero no pude": Creo que es la categoría más interesante, la de aquellos libros o autores que una y otra vez nos rebotan. Hay algo de nobleza en esa terquedad (tanto la del libro como la de uno). Intenté con Günter Grass y una y otra vez me rendí. Cuando le dieron el Nobel me di cuenta de que había llegado el final: jamás voy a intentarlo otra vez. Y con Gombrowicz, al que nunca pude leer más allá de algunos fragmentos selectos, por la simple razón de que siempre me cayó tremendamente antipático (hace poco, leyendo el formidable libro de críticas *Descripciones de descripciones* de Pier Paolo Pasolini, me llegó el consuelo de que a Pasolini también le caía muy antipático el polaco argentino). Hay otra categoría que me llena de melancolía y que creo que puede incluirse en esta peligrosa sección: aquellos que dejé de leer. Me hace acordar a lo que pasa con tanta música (basta ir a revisar la caja de viejos casettes) que uno ya no escucha *pero escuchó*. Sí, señor juez: creí y dejé de leer a Bradbury, que todavía hoy sigue largando insondables colecciones de cuentos. Y jamás me arrepentiré lo suficiente de no haber leído todos los libros de Agatha Christie (figura que admiro profundamente) en su justo momento. Hace dos o tres añitos leí su última novela, *Telón* (que es muy buena) y era patético cómo me esforzaba por sentir el cosquilleo calenturiento que me provocaba en la adolescencia (ahora, irreconocibles ambas: ella y mi adolescencia). En un momento dejé de leer a Patricia Highsmith (antes de que ella dejara de escribir), pero en compensación no pasa verano sin que lea algo de Raymond Chandler, a pesar de que ya no me gusta tanto. Para terminar, como corresponde, satisfaciendo el morbo de los lectores de esta sección, vuelvo a la categoría de no leídos jamás: en mi perra vida leí ni un solo libro de Isaac Asimov, y ya no creo que vaya a hacerlo.

CLAUDIO ZEIGER

BOCA DE URNA



FICCION

1. **La fiesta del chivo**
Mario Vargas Llosa
(Alfaguara, $ 21)

2. **La ignorancia**
Milan Kundera
(Tusquets, $ 15)

3. **Amarse con los ojos abiertos**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 19)

4. **Harry Potter y el prisionero de Azkabán**
J. K. Rowling
(Emecé, $ 16)

5. **Los iluminados**
Marcos Aguinis
(Atlántida, $ 25)

6. **El caballero de la armadura oxidada**
Robert Fischer
(Obelisco, $ 9.50)

7. **El alquimista**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

8. **La hermandad**
John Grisham
(Ediciones B, $ 21)

9. **Sherlock Holmes**
Arthur Conan Doyle
(Optima, $ 39)

10. **El último judío**
Noah Gordon
(Ediciones B, $ 10)

NO FICCION

1. **El manual del guerrero de la luz**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 10)

2. **El Papa de Hitler**
John Cornwell
(Planeta, $ 20)

3. **El amor en los tiempos del colesterol**
Gabriela Acher
(Sudamericana, $ 16)

4. **Del cabildo al shopping**
Enrique Pinti
(Sudamericana, $ 13)

5. **Borges profesor**
Martín Arias y Martín Hadis (eds.)
(Emecé, $ 12)

6. **Los judíos y el menemismo**
Diego Melamed
(Sudamericana, $ 17)

7. **Por la libre**
Gabriel García Márquez
(Sudamericana, $ 19)

8. **Mossad, la historia secreta**
Gordon Thomas
(Ediciones B, $ 21)

9. **Terapia a dos voces**
Irving Yalom
(Emecé, $ 17)

10. **Mujeres que corren con los lobos**
Clarissa Pinkola Estes
(Ediciones B, $ 22)

¿Por qué se venden estos libros?
"Éste es el mes más importante para la industria por la Feria, y todas las editoriales guardan sus propuestas más importantes para estos días: las dos excelentes nuevas obras de Kundera y Vargas Llosa, por ejemplo. Habría que destacar la magia del rescate de la aventura como género literario de la saga de Harry Potter y el éxito que están teniendo, en no ficción, el nuevo libro de Yalom y el ensayo sobre el Papa, un tema que está en el tapete con el Jubileo. Borges profesor rescata el año borgeano y es muy importante para sus seguidores", dice Daniel Davicino, encargado de la librería Fausto de Santa Fe 2077.

ENTREVISTA

Radiografía del terror

Estuvo en Buenos Aires Jorge Herralde, director de Editorial Anagrama, quien participó del 26º Congreso de la Unión Internacional de Editores, encuentro antes social que programático pero que, de todos modos, mostró la preocupación del sector ante el futuro del libro.



POR SANTIAGO LIMA Jorge Herralde tiene un olfato privilegiado para detectar tendencias en el universo de la literatura y el pensamiento, razón por la cual su catálogo es uno de los pocos verdaderamente inevitables de la lengua castellana. "Panorama de narrativas" y "Argumentos" (consagradas a la ficción contemporánea y al ensayo, respectivamente) son las colecciones más vitales y estimulantes de Anagrama, y Herralde las ha construido casi artesanalmente. Es cierto que cuenta con un equipo de colaboradores ("en edición", señala con una cuota de misterio, "trabajan dos personas y media") pero, como editor apasionado y vocacional que es, no deja de intervenir personalmente en la selección de los títulos que publicará.

El fuerte de Anagrama son las traducciones. De las aproximadamente 75 novedades anuales que presenta el sello, apenas un tercio corresponde a autores de habla castellana (la mayoría de ellos, españoles). El resto, tanto en lo que se refiere a ensayo como a narrativa, es material traducido al castellano. "No tengo ningún patriotismo en ese sentido", dice Herralde cuando se le reprocha la escasez de autores latinoamericanos en su catálogo. Cualquiera que examine la lista de nombres que constituyen ese catálogo notará que no sólo faltan allí narradores de las últimas promociones sino, sobre todo, los clásicos latinoamericanos. "En los noventa hemos publicado a Roberto Bolaño", se defiende Herralde, "y la recopilación de cuentos *Trilogía sucia de La Habana* de Juan Pedro Gutiérrez vendió doce mil ejemplares, cosa bastante inaudita, teniendo en cuenta que el libro se aparta tanto de la vía hiperculturalista con raíces en Lezama Lima como del panfleto político más directo. Además, este año el Premio Anagrama de ensayo lo ganó el mexicano Monsivais. Fue un regalo para nosotros que se presentara al premio".

En última instancia, lo que divide las aguas es una cuestión estrictamente de mercado. "Dependiendo de los autores", señala Herralde, "en España se vende el 75 por ciento de la edición y en América latina sólo el 25 por ciento restante. Con algunos autores de la colección 'Argumentos' como Bourdieu o Lipovetsky pasa algo curioso, sin embargo: se venden más en Argentina que en España". Como Herralde sabe que las razones del bajo índice de ventas en América latina (tratándose de un mercado potencialmente mucho más amplio que el de España) tal vez tengan que ver con diferencias en el poder adquisitivo presta mucha atención a la colección de "Compactos", cuyos títulos reproducen los grandes éxitos de las otras colecciones en ediciones igualmente cuidadas pero considerablemente más baratas.

Otro de los aspectos "delicados" de la política editorial de Anagrama tiene que ver con las traducciones que, cuando se trata de ficciones, vuelven a veces ilegibles los textos. Herralde es consciente de ese problema casi insoluble, y comenta que "cuando el lenguaje es muy coloquial hay que optar por *una* jerga y no por otra" y en ese caso la opción invariable es por el coloquialismo madrileño. "Quiero creer", dice el editor, "que no es un *handicap* demasiado grande y que una vez que se han asimilado esas quince palabras (en general de la retórica genital) se puede leer sin problema. Cuando las que dominaban eran las traducciones argentinas, los españoles también teníamos problemas con tanto *saco* y tanta *pollera*".

En España, el plantel completo de Anagrama alcanza a sólo 14 personas, con lo cual puede considerarse que la editorial es una pyme exitosísima, teniendo en cuenta la extraordinaria difusión de su catálogo. "Es cierto que la presencia de Anagrama en librerías es muy impresionante. Eso es porque los libreros argentinos son muy sabios". Aceptado el cumplido, importa saber si hubo en el reciente Congreso de la Unión Internacional de Editores algún tipo de oposición política entre pequeños y medianos editores independientes y grandes grupos editoriales. "No fue así", contesta Herralde. "Esta dialéctica estuvo ausente porque lo que dominó el congreso fue el terror ante lo desconocido que es, en este momento, Internet. Hay que pensar que en los últimos quinientos años el mundo del libro no ha sufrido mutaciones considerables y en los últimos dos años parecería que todo ha dado una vuelta de campana. Estamos ante una *terra incognita* que llena de ansiedad a todos los editores". ¿Qué es lo que se espera que cambie con la irrupción de las nuevas tecnologías? "Se supone que cambiará la función de los editores y de los agentes. Coexistirá el libro en su formato tradicional con los libros electrónicos y los libros impresos sobre pedido", responde Herralde, cuya presentación en el congreso insistió sobre todo en la reivindicación de la marca editorial como contraseña de credibilidad y confianza para los lectores. "Entre el negocio y la cultura", señala convencido Jorge Herralde, "el motor del editor independiente debe ser la cultura, antes y después de Internet". La aclaración debe ser tenida en cuenta sobre todo porque los asistentes al congreso se manifestaron unánimemente perplejos, cuando no aterrados ante los cambios por venir. "Es que, si por un lado se ha planteado que Internet es un dispositivo de igualación o democratización, también hay que tener en cuenta que su irrupción plantea una nueva forma de analfabetismo". Las ventajas de las nuevas tecnologías aplicadas a la edición es que se pueden hacer tirajes muy reducidos o libros a pedido, explica Herralde, "todo lo que puede vivificar un catálogo".

Entre las novedades que Anagrama lanzó este primer semestre, Herralde destaca algunos best sellers poco previsibles, como *Manual de caza y pesca para chicas* de Melissa Bank (que lleva vendidos 15 mil ejemplares en España y desembarcará próximamente en Buenos Aires) y *El secreto de Joe Gould* de Joseph Mitchell, que lleva ya tres reediciones. *La corrosión del carácter* de Richard Senett y *La melancólica muerte del chico ostra* de Tim Burton son otras dos novedades de las que Herralde se siente orgulloso. La próxima *operación Anagrama* tendrá por objeto la literatura francesa, que lleva bastantes años sin ser sistemáticamente traducida al castellano. Entre novelas y ensayos, Herralde se propone traducir diez libros franceses que han tenido gran éxito en su mercado original y que tuvo su punta de lanza con la traducción de Houllebecq (del mismo autor, Anagrama publicará en los próximos meses *Intervenciones*, un libro de entrevistas). Y, por supuesto, la editorial se apronta también a dar los primeros pasos en ese piélago de peligros que es Internet como nueva forma de hacer y de vender libros.♣

EDITORES Y POLÍTICAS

Renovación y cambio

La Cámara Argentina del Libro es la organización que agrupa a los editores, libreros y distribuidores de Argentina. Un grupo de los integrantes de la CAL ha denunciado que el mandato de las actuales autoridades "está *legalmente* vencido", razón por la cual deberán convocarse próximamente a elecciones para cubrir los cargos de Presidencia, Vicepresidencia primera y Vicepresidencia segunda de ese organismo. La lista "Nueva Propuesta", que se perfila como opositora y crítica de la actual gestión, ha lanzado la candidatura para esos cargos de Rogelio Fantasía (Ediciones Macchi), Daniel Divinsky (Ediciones de la Flor) y María del Rosario Charquero (Ediciones del Eclipse). "Nueva Propuesta" fundamenta su nombre en el hecho de que muchos de sus objetivos "en algunos casos no han estado entre las políticas que la CAL sostuvo hasta ahora. En otros porque, aunque se las enunció alguna vez, o no se las impulsó o no se tomaron los caminos adecuados para su realización". Entre los objetivos enunciados por la lista se destaca la "reformulación de la participación de la Cámara en la Feria del Libro de Buenos Aires", la "promoción del libro argentino en el exterior a través de la Dirección de Relaciones Culturales de la Cancillería y los organismos apropiados de la Secretaría de Cultura" y el "establecimiento de un régimen de promoción de la traducción de autores argentinos a otros idiomas, financiando el Estado las traducciones" y el control de la "transparencia e información irrestricta en las compras de libros por el Estado nacional y provinciales". Algunas empresas que han adherido hasta el momento a los objetivos y candidatos de la lista son: Argentun, Astros, Ave Fénix, Basílico, Biblos, Cesarini, Cincel, Colihue, Continente, Corregidor, Cosmos, Distal, Eudeba, Everest, FCE, Fausto, Galerna, Gandhi, García Cambeiro, Granica, Homo Sapiens, Joyce, Proust & Co, La Rocca, Librogal, Losada, Lugar, Lumen, Mac Lector, Macchi, Magisterio del Río de la Plata, Nuevo Extremo, Nueva Visión, Orión, Paidós, Sainte Claire, Temas, Troquel, Universidad, Valetta y 21.

Nosotros y el futuro



INTERNET, ¿Y DESPUÉS?
Dominique Wolton
trad. TsEdi, Teleservicios Editoriales
Gedisa
Barcelona, 2000
256 págs. $ 24



POR JONATHAN ROVNER Que la comunicación es un problema complejo y que va más allá de los avatares de su soporte material es una verdad de Perogrullo, pero que, quizás justamente por su obviedad, llega a pasar inadvertida. Como con la democracia, hoy llamada "de masas", que es mucho más que el sufragio universal, así también la identidad cultural debe pensarse por encima de meras fronteras nacionales. O, en síntesis: comunicación, condiciones culturales y organización social, no pueden ni deben considerarse por separado.

La necesidad de reivindicar y poner en vigencia estas verdades epistemológicas hace que el ensayo de Dominique Wolton funcione ciertamente a modo de "señal de alarma", como él mismo lo llama. *Internet ¿y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación* mantiene una actitud pertinentemente reactiva, por lo menos, para con ese irreflexivo canto de victoria que el reciente desarrollo de los nuevos medios informáticos ha suscitado entre los tecnólatras.

Wolton, según sus propias palabras, hace 20 años que se dedica a pensar la comunicación y, más aun, a pensarla como un problema primordial. Así, y consecuentemente, nos propone su nuevo libro como una continuación del anterior, *Penser la comunication* (1998). Una misma línea de trabajo cuyo objetivo más general y manifiesto resulta indiscutible: "Hacer entrar por fin la comunicación en el terreno de las grandes cuestiones políticas, sociales y culturales."

Un llamado de atención que, lejos de limitarse a cuestiones puramente teóricas y generales, va en procura de cierta toma de posición, política y discursiva, enteramente coyuntural. A riesgo de caer en el descrédito *a priori* que genera el discurso panfletario, Wolton explicita sus preocupaciones geopolíticas: a partir de "la organización de la comunicación bajo un régimen mixto entre servicio público y sector privado (...) Europa podría definir una posición original con relación a la desreglamentación, a fin de evitar cualquier parecido con los Estados Unidos."

Con lo cual, ese *¿y después?* del título no puede ya ocultar los visos de cierto *¿y nosotros?*, muy apropiado para una Europa que, despojada de su hegemonía, no termina de articular un proyecto continental coherente y diferenciado en relación con las nuevas tecnologías de la comunicación.

El libro de Wolton opera, pues, una maniobra por lo menos doble. Al tiempo que le exige al poder político una toma de conciencia respecto de la comunicación, amonesta a Europa por no ser, en lo que hace a las nuevas tecnologías, más que la continuación del modelo norteamericano que, según Wolton, limita las políticas al problema de la tecnología, dejándola circunscripta a la lógica del intereses y excluyéndola de la de los valores.

"Los resultados técnicos no sustituyen la reflexión sino que la reclaman, y si no es así, es la ideología la que se instala", dice, y su libro demuestra lo imperiosa que es la necesidad de "defender la idea según la cual la información y la comunicación no son industrias como las otras".♣

Una vida puerca



EL ESCRITOR EN EL BOSQUE DE LADRILLOS
Sylvia Saítta
Sudamericana
Buenos Aires, 2000
326 págs. $ 19

POR LAURA ISOLA "No creo en los hombres, y menos en las mujeres, mas esta convicción no me impide buscar a veces el trato de ellos, porque la experiencia se afina en su roce, y además no hay mujer, por mala que sea, que no nos haga indirectamente algún bien". Y lo bien que hizo Roberto Arlt al desconfiar repetidamente, como en esta cita, de las mujeres. Debió ir más allá: sospechar que la inteligencia femenina podría llegar a ser decisiva en su vida y que el ¿azar?, en proporciones adecuadas, le depararía que su mejor biógrafo fuese una mujer. A él, justo a él, que se encargó de denunciarlas como las que "con motivos o sin ellos, bloquean la existencia de una sociedad libre".

Con la cuota de ironía necesaria y totalmente despojadas de filiaciones feministas deben leerse las líneas anteriores. Lo que sí puede tomarse al pie de la letra es que *El escritor en el bosque de ladrillos* de Sylvia Saítta es un trabajo lúcido e inteligente. Además de la cuidadosa investigación sobre la vida y obra de Arlt –tarea que no es ajena a la autora y que ha realizado en sus trabajos anteriores–, hay una interesante toma de posición a la que se le agrega la responsabilidad, cumplida con creces, de cubrir un vacío de cincuenta años: la única biografía de Arlt, *Roberto Arlt, el torturado* de Raúl Larra, fue publicada en 1950 y reeditada en 1998.

Con respecto de la intención del biógrafo y las operaciones autobiográficas de Arlt se pueden resaltar algunos elementos. En el prólogo a *El escritor en el bosque de ladrillos*, Saítta comienza con una cita de Roberto Mariani en la que se apiada de los futuros historiadores de la literatura argentina que se tomen en serio lo que Arlt ha dicho de sí mismo. Es que es en los testimonios de Arlt donde el biógrafo encuentra la mayor dificultad, porque Arlt miente sobre su vida y porque muchos han creído sus mentiras. Sin embargo, hay una manera más *literaria* de decir que Arlt miente, que es decir que Arlt se maneja como los antiguos y va dejando referencias en sus textos literarios y en sus crónicas periodísticas para uso de biografías futuras.

El riesgo de semejante difusión es repetir el itinerario del pobre Eurípides, quien por muchos años fue considerado un tonto y un sofista –o, lo que es lo mismo, un mercenario, el peor sentido del término para esa época– porque los datos de su vida se tomaron de las comedias de Aristófanes, que –como se sabe– lo detestaba hasta la calumnia. O lo que le pasó a Lucrecio, quien, para sus biógrafos, habría enloquecido. Más suerte tuvo Ovidio, aunque el procedimiento es el mismo y su biografía se hizo en base a uno de los poemas de *Las Tristes*.

Cuando Arlt construye su autobiografía desafía los criterios de verdad/ mentira: se inventa otros nombres y, por pudor o desprolijidad, modifica hasta la fecha de su nacimiento. Hasta se puede fantasear con la idea de que el autor tramó e intuyó a los futuros historiadores y críticos literarios, en un ejercicio de desplazamiento borgeano, que no le viene nada mal a Arlt.



Por eso, la tarea de Saítta es doblemente valiosa: vuelve a leer los testimonios de Arlt y además recoloca su figura de intelectual en el campo literario que le tocó vivir, analizando los conflictos sociales, políticos, estéticos y personales. Por la manera en la que está escrita esta biografía –que sin perder rigor se desliza a través de una prosa ágil y diáfana, y por el encadenamiento "folletinesco" que de capítulo en capítulo se va creando un cierto suspenso–, parece que hay una tentación a la que *El escritor en el bosque de ladrillos* no pudo, afortunadamente, dejar de sucumbir: la de contar una historia de vida.♣

EN EL QUIOSCO



Latido, Año 1, Nº 11 (Buenos Aires: mayo 2000), $ 5

La revista *Latido*, dirigida por Daniel Ulanovsky Sack, es de carácter monográfico y la edición del mes de mayo está dedicada al desenfreno y al exceso, temáticas que se van (des)ordenando a través de las diferentes secciones de esta entrega. Hay un luminoso texto de apertura de María Moreno, "Yo, el alcohol y la vida", una serie de citas sobre el "andar sin frenos", un texto de Luis Gruss sobre la adicción al trabajo, una lista de recomendaciones de libros y películas consagrados a diferentes formas de descontrol y una crítica de Ezequiel Fernández Moores al desmedido cultivo del cuerpo propio. La sección curiosidades incluye noticulas sobre la adicción sexual, los clubes de fans y los locos por las motos. Si algo, de todos modos, merece destacarse de esta edición es el texto de María Moreno, suerte de novela corta que, eligiendo la retórica (pero no el tono) del testimonio, se lanza a enhebrar episodios narrativos, algunos de los cuales son desopilantes y otros, sencillamente, de una lucidez aterradora. Porque María Moreno no se limita a *contar* las cuentas del collar (definitivo) de la alcohólica o la bebedora. Muy por el contrario, Moreno desarrolla una *analítica* que nada tiene que envidiarles a los grandes momentos (analíticos) de Walter Benjamin, Sigmund Freud, Roland Barthes u Oscar Masotta. Tanto en lo que se refiere al relato de los episodios de una vida como a la explicación que de ellos suministra, la autora persigue una sola cosa: la verdad. Para sorpresa y felicidad del lector, María Moreno alcanza ese raro momento en que un texto es pura verdad: no porque lo que cuente (hipótesis realista) sea cierto, ni porque lo que diga alcance al lector (hipótesis pedagógica) como una flecha de sabiduría, sino porque el lector comprende (sabe) que ese texto abandona todo protocolo y toda retórica para convertirse en un momento de pura necesidad en relación con la verdad de sí.

Y es ese brillo demencial que, a veces, permite que no se lea la sintaxis (aun cuando esté allí), ni las metáforas (aunque se multipliquen), ni los trucos narrativos (aunque sean imprescindibles a la economía del relato), sino sólo la verdad, el texto de Moreno encuentra su mayor grandeza y su mayor fuerza. Algo similar a lo que ocurría con ese "testimonio" de Pablo Pérez, *Un año sin amor*, que no por azar María Moreno incluyó en la colección de testimonios que editaba por entonces para Perfil Libros.

Lo que está en juego en "Yo, el alcohol y la vida" –como en "Roberto Arlt, yo mismo" de Masotta o como en "El crack-up" de John Fitzgerald– es sencillamente todo: es por eso que muchos encontrarán escandaloso el nivel de exposición al que apela este texto que quiere decirlo *todo* y que, con ese impulso, deja cesante incluso la oposición entre lo público y lo privado. Quienes intenten evaluar, dentro de algunos meses, la producción literaria de este año en busca de lo mejor, no deben dejar escapar este texto deslumbrante que pide a gritos la forma libro y que hay que leer, oh sí, con un whisky en la mano.

D.L.

TRADUCCIONES

Tres traiciones



Ediciones Cátedra ha distribuido una nueva edición del *Ulises* de James Joyce, que se suma así al puñado de versiones de uno de los más célebres dolores de cabeza para todo traductor.

POR CARLOS GAMERRO El siglo XX no quiso despedirse sin una nueva traducción al español del *Ulises* de Joyce. Esta versión, realizada por Francisco García Tortosa y María Luisa Venegas tras siete años de trabajo ("tantos como empleó el autor en escribir el libro", anuncian no sin patetismo en el prólogo), viene a sumarse a las dos ya existentes, la argentina de J. Salas Subirat (1945) y la también española de J.M. Valverde (1976, corregida en 1989).

En la literatura argentina del siglo pasado la huella del *Ulises* puede rastrearse en las lecturas y traducciones parciales de Borges, en la rabia de Arlt –que no podía leerlo–, en el primer *Ulises* porteño (el *Adán Buenosayres* de Marechal), en marcas diversas en los textos de Puig, Rodolfo Walsh, Ricardo Piglia, Luis Gusmán. La literatura argentina siempre fue buena lectora del *Ulises*, así como la brasileña lo es del *Finnegans Wake*.

Es un lugar común hablar de la fealdad de la mayoría de las traducciones hechas en España, especialmente cuando el *argot* asoma. Siempre me he preguntado por qué me deleita encontrar, en una obra literaria, modismos mexicanos, peruanos, colombianos y me ponen los pelos de punta los españoles. ¿Un caso de atávica hermandad latinoamericana? No. Más bien, una cuestión de respeto. El argot español es guarango, no por procaz sino por prepotente. Para los traductores españoles, eso que arrojan sobre la página no es *su* dialecto, es *la* lengua, así, sin más –dialecto es lo que hablan los otros: nosotros–. España no sabe de hermandad sino de maternidad; el traductor latinoamericano, en cambio, es consciente de estar traduciendo para una comunidad de hablantes heterogénea y es más cauto a la hora de endilgarles sus formas locales a los lectores extranjeros. Un argentino no traduce a *vos* sino a *tú*, y no satura de lunfardo portuario el habla de japoneses, egipcios o irlandeses, lo que sería un signo de descortesía que va de la mano con una política de mercado que impone los textos propios e ignora los ajenos. Esa es, quizás, la principal molestia que surge de la lectura del nuevo *Ulises*: García Tortosa insiste con el *argot* propio más aún que su compatriota predecesor, y aun lo justifica, inocentemente, en el prólogo: "La informalidad del lenguaje y las expresiones deslenguadas de los clientes han de ser las de un grupo de amigotes españoles en idénticas circunstancias".

Quizás a esta altura haga falta aclarar que el *Ulises* original está escrito no en una lengua o dialecto sino en la tensión entre una variante desprestigiada (el inglés de Irlanda) y otra dominante (el inglés británico imperial) –relación que puede compararse, aunque no homologarse, a la que existe entre el español de España y el de los otros países hispanoparlantes–. Una traducción española, entonces, necesariamente invertirá esta tensión, o –como sucede en las dos versiones existentes– la ignorará. En teoría, una traducción latinoamericana del *Ulises* deberá ser más fiel al original que una española. Lo cual puede comprobarse en la versión de Salas Subirat, que reproduce en todas sus imperfecciones el tironeo del original: se pasa de formas dialectales argentinas o latinoamericanas a formas reconociblemente peninsulares. Vacilante, políglota, revuelta: ésa es la fricción que enciende el *Ulises* y que hace que el español de nuestra versión criolla posea algo de la misma vitalidad.

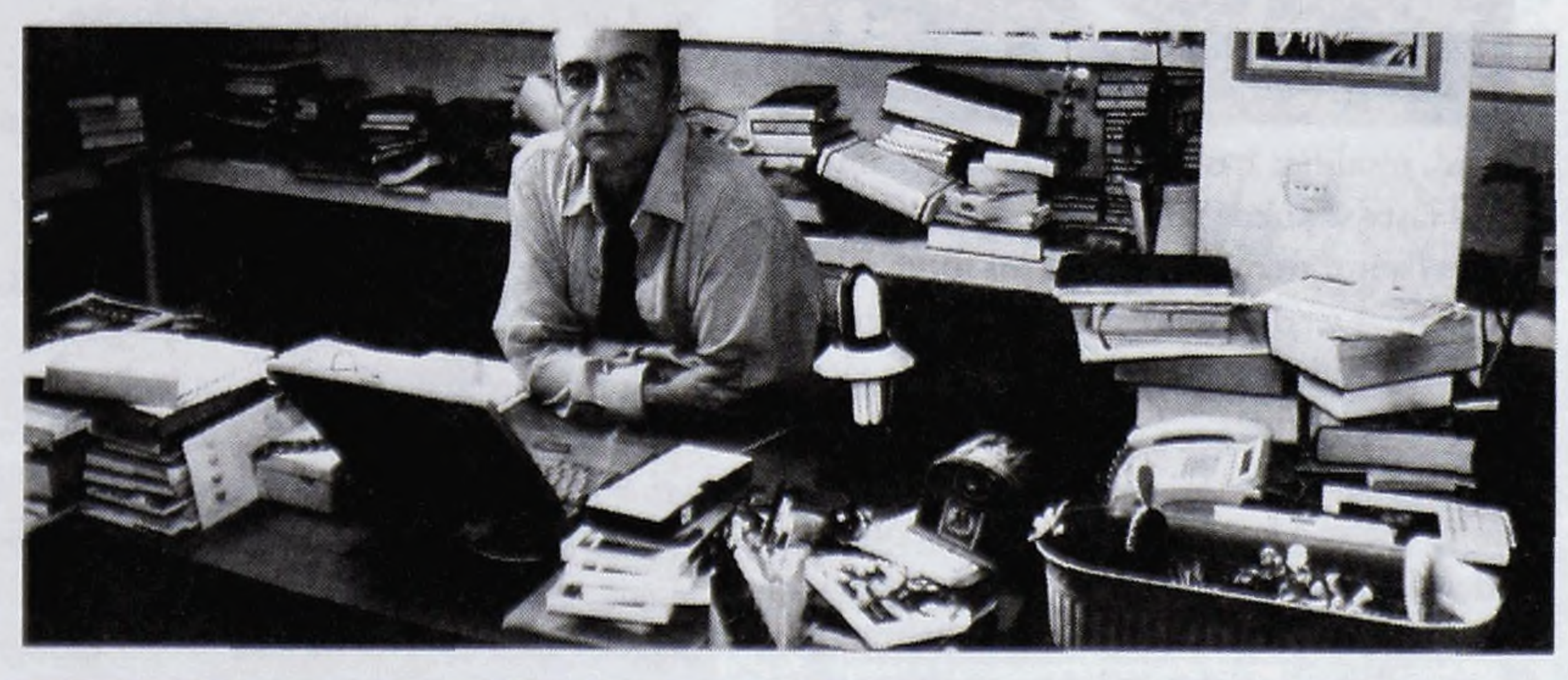
Eso, en teoría. La triste verdad es que si la traducción de Valverde, por la torpeza estilística y la desidia del traductor, no ofrecía seria competencia a la local, la nueva supera a ambas en precisión y exactitud. Un rasgo clave del *Ulises* es lo que García Tortosa llama referencias cruzadas –las mismas palabras aparecen repetidas en contextos diferentes y, como los *leitmotive*, dependen, para surtir efecto, del reconocimiento del lector. Salas Subirat y Valverde frecuentemente olvidan que una frase ha aparecido antes y la traducen con palabras diferentes, anulando así para el lector toda posibilidad de reconocimiento. Otra ventaja para G. Tortosa es que puede aprovechar la acumulación de saber crítico sobre la obra de Joyce: gran parte de los errores cometidos por Salas Subirat se deben al estado todavía precario de la exégesis joyceana en los años '40 (los cometidos por Valverde, quien, entre otras cosas, insiste en situar Bloomsday un 4 de junio, no tienen, por lo mismo, excusa alguna). G. Tortosa, además, por primera vez traduce realmente el capítulo 14. Este fue escrito por Joyce imitando los principales estilos de prosa inglesa, desde los anónimos anglosajones hasta Dickens y Carlyle. La nueva traducción nos ofrece un recorrido parejo y excitante por la historia de la prosa española "desde el rey Alfonso X el Sabio hasta *Pequeñeces* del Padre Luis Coloma". La elección puede ser discutible (¿hablar de la conquista de Irlanda por Inglaterra en el inglés de Swift da igual que hacerlo en el español de Quevedo?), pero es osada, mucho más que el español tibiamente arcaico intentado en las versiones anteriores. Lo mismo puede decirse de la decisión de traducir las palabras dobles como tales: a pesar de resultados dudosos como *diosespeces, blanquiamontonado, colorcortezacacao, degomaplenas*, por fin alguien recupera, para la traducción, algo del coraje experimental del original. La mayor decepción es la ausencia de notas, una constante en las excelentes ediciones de Cátedra.

¿Condena entonces la nueva versión a nuestro querido y pionero *Ulises* criollo a la extinción? Sí, salvo que alguna editorial local asuma la tarea de hacer corregir los errores evidentes y de paso incluya las notas necesarias. Otra opción, para terminar de una vez por todas con polémicas como ésta, implicaría hacer real, en la traducción, lo que el original exhibe de manera virtual: en el *Ulises* cada capítulo es tan diferente que parece escrito por otro autor, y cuando se dice de un escritor que ha sido influido por esa Babel de estilos, se está diciendo en realidad que ha sido afectado por *alguno* de sus capítulos. ¿Por qué no encarar entonces un *Ulises* donde cada capítulo fuera traducido por el autor cuyos efectos mejor asimiló? A título de ejemplo, propongo un *dream team* de vivos y muertos, con Onetti para la amargura del capítulo 1, Julián Ríos para el babélico 3, Borges para el ultraliterario 9, Rodolfo Walsh para la política irlandesa del 12, Manuel Puig para el folletín del 13, Guillermo Cabrera Infante para el ya mencionado 14 (anticipado en la sección "la muerte de Trotsky" de su novela *Tres Tristes Tigres*), Ortega y Gasset para el rimbombante y engolado 16. Esta promiscua e incestuosa mezcla nos daría, seguramente, la versión más cercana al sueño de Joyce. ♣

LA ESCENA DEL CRIMEN **POR LAURA LEÓN VÁZQUEZ**

Juan José Millás

El autor de No mires debajo de la cama *abre su lugar de trabajo –prácticamente una usina o fábrica puritana de textos– para* **Radarlibros.**







"Me levanto de seis a seis y media de la mañana y durante toda la mañana escribo, excepto una interrupción para el desayuno con mi familia, a las ocho y media, y otra para la lectura de la prensa. Escribo un artículo de opinión fijo al día y encargos: un cuento, una conferencia, etcétera. No puedo estar un día sin escribir porque tengo unos compromisos establecidos. Además, tengo que rescatar tiempo para cosas más personales: cuentos, novelas, eso lo hago a primera hora. Normalmente dedico las tardes para leer. Cuando estoy en un proyecto novelesco procuro no leer novelas por una cuestión supersticiosa. Pienso que se me va a atravesar algo que tenga que ver con mi novela. Prefiero leer ensayo o poesía. En una ocasión escribí dos novelas a la vez y fue una experiencia muy gozosa. Aunque ahora no suelo hacerlo, me gusta alternar cosas muy distintas. Cambio de actividad cada dos horas.

Cuando fumaba, encendía un cigarro antes de empezar, pero ahora no tengo manías o no soy consciente de ellas. Simplemente, me pongo. Lo más difícil de escribir son los primeros folios, en los que busco el espacio moral desde donde escribir la historia. Cuando lo encuentro, hay que rehacer todo lo anterior. Lo que más cuesta es saber desde dónde se va a contar una novela. Y es sobre la base de disciplina: aunque veas que no vas a ninguna parte, la experiencia te dice que tienes que seguir porque en algún momento se hace la luz.

No tengo objetos favoritos, salvo los que me han regalado mis hijos o mi mujer, que están más marcados. Ningún objeto se destaca sobre otros, lo importante es que estén todos allí, creando una atmósfera. Escribo en el ordenador, pero tomo muchísimas notas a mano, siempre tengo cuadernos. Trabajo siempre en ordenador portátil porque el teclado está cerca de la pantalla y es todo muy familiar. Me gusta la idea de cerrar el ordenador cuando acabo como si hubiera guardado en una caja algún secreto mío". ♣